

La nueva relevancia de la espiritualidad

*José María Vigil, cmf**

En este breve artículo quisiera dar cuenta de un movimiento de fondo que se está dando en los estudios teológicos y antropológicos respecto a la espiritualidad (E). Un movimiento que consiste en que cada vez resulta más relevante la E misma, la E genérica o E fundamental, sin filiación concreta, frente al hecho de que sólo parecían interesarnos las espiritualidades insertas no sólo en nuestra propia tradición religiosa, sino en una familia espiritual concreta de la misma. De hecho, normalmente estamos un tanto encerrados en el fanal de nuestra propia línea de espiritualidad, pareciéndonos que planteamientos más amplios o profundos de espiritualidad no tendrían interés para nosotros. Esto es lo que está cambiando.

Evidentemente, no se trata de ver una disyuntiva entre una perspectiva concreta y una genérica. Se trata más bien de campos complementarios que en los últimos tiempos están cambiando su importancia relativa. Antes no era relevante la E genérica o previa o más allá de las religiones, ni se le ocurría a nadie pensar en una futura espiritualidad interreligiosa o hasta «laica» hacia la que estuviésemos caminando... Ahora, la E fundamental humana se va haciendo cada vez más digna de atención para todos aquellos que procuran mirar más allá de los estrechos límites en que normalmente nos movemos. No se trata pues de desmerecer en nada las espiritualidades concretas, por supuesto, sino simplemente de hacer un llamado de atención sobre la conveniencia de considerar las nuevas perspectivas y la nueva relevancia de la E fundamental.

Vocabulario

En primer lugar necesitamos aclarar nuestra terminología:

* Claretiano. Director de Agenda Latinoamericana y del Portal Servicio Koinonia: <http://servicioskoinonia.org> Reside en Panamá. Escritor de muchos artículos. Pertenece al Consejo de Redacción de la Revista Diakonia.

Espiritualidad (E): es una palabra problemática, pero consagrada e inevitable. Es problemática porque en su propia raíz etimológica lleva la marca de una orientación de diferenciación y contraposición con lo corporal y lo material. Espiritualidad viene de «espíritu», y espíritu es lo contrapuesto a «cuerpo» y a «materia». Ser espiritual sería no ser corporal o no ser material, y una persona sería tanto más espiritual cuanto menos corporal o material fuese, cuanto más se alejase del cuerpo o la materia... No es esto lo que hoy pensamos, pero es lo que lleva la propia palabra en su naturaleza etimológica, y etapas ha habido en la historia en las que el concepto ha hecho gala de fidelidad a esa anticorporalidad y antimaterialidad.

Hoy se sigue utilizando la palabra porque, a pesar de todo, está consagrada, y porque una vez hecha la advertencia de que no se quiere dar cabida en ella a esos componentes que su etimología alude, tiene sentido designar como «espiritualidad» a esa dimensión profunda del ser humano, que, en medio incluso de la corporalidad y la materialidad, trasciende las dimensiones más superficiales y constituye el corazón de una vida humana con sentido, con pasión, con veneración de la realidad y de la Realidad: con Espíritu.

Religiones: son esas formas concretas de religiosidad que se han aparecido en la historia en los últimos 4500 años (en términos históricos las religiones no dejan de ser «de ayer»), y que se caracterizan por ser movimientos religiosos concretos, con una identidad particular, y con una organización institucional muy variable (desde la institucionalización paradigmáticamente máxima del cristianismo católico de cristiandad, a la mínima, propia del hinduismo por ejemplo). Las «religiones» son no sólo las que hoy llamamos «grandes religiones» o «religiones universales», sino también las medianas y pequeñas religiones, o sea, todas las que se pueden identificar como movimientos religiosos más o menos socialmente configurados o institucionalizados.

En singular, «la religión», si no nos refiriéramos a «una religión concreta», vendría a equivaler a la religiosidad, a la dimensión espiritual del ser humano, a «lo religioso» en abstracto... y por tanto vendría a ser un equivalente de «espiritualidad»... Evidentemente, las nuevas perspectivas nos evidencian la dificultad del lenguaje: los viejos nombres

no se adecuan a las nuevas perspectivas; es preciso hacer un esfuerzo para explicarse.

Y bien, partamos de la crisis de la religión.

La crisis de la religión

«La crisis de la religión en los países occidentales de tradición cristiana, especialmente en Europa, es un hecho unánimemente reconocido. A esta situación objetiva corresponde una situación de evidente malestar en los sujetos que intentan seguir viviendo religiosamente en el actual momento sociocultural»¹.

Las religiones, y concretamente el cristianismo, están en crisis, en una grave crisis que hunde sus raíces en un proceso que ya cuenta varios siglos. Hoy simplemente la crisis se hace más ostensible que nunca.

No sólo sus instituciones están en crisis: también los sujetos que tratan de vivir esa fe con la mejor buena voluntad, sienten un malestar, una sensación de que algo grave no marcha. Juan Bautista Metz ha hablado de la «crisis de Dios» (*Gotteskrise*), para indicar que la crisis afecta a la raíz misma de la religiosidad. Martin Buber habla del «eclipse de Dios». Küng la considera «crisis epocal»². No es pues un punto aislado, algún elemento suelto o alguna dimensión concreta, lo que está en crisis; es el conjunto, la estructura y el ambiente lo que ha entrado en esta crisis inédita³.

Un primer rasgo de la crisis puede ser conceptualmente aislado en lo que llamamos el proceso de «secularización», que atañe a la pérdida de vigencia y relevancia del factor religioso en la sociedad y en la cultura. La religión, que estuvo en la cima de la escala de valores sociales aceptados, ha venido siendo sustituida gradualmente por la ciencia, por otra racionalidad. El espacio social para la religión se estrecha, de forma que queda actualmente reducido al ámbito del culto y

¹ MARTÍN VELASCO, Juan de Dios, *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1999. También en la RELAT 256: <http://servicioskoinonia.org/relat/256.htm>

² PAGOLA, José Antonio, *Testigos del misterio de Dios en la noche*, en Sal Terrae (enero 2000) 27-42.

³ «La crisis actual del cristianismo es inédita». Jean DELUMEAU, *Une crise inédite*, «Le Monde» 5 junio 1979.

de las agrupaciones religiosas específicas. La religión queda condicionada a la opción personal de los individuos y recluida al campo de la conciencia, con la consiguiente reducción de su influjo en todas las esferas sociales.

Pero no es sólo en lo social donde se da esta crisis por efecto de la secularización, sino que la crisis se ha instalado dentro mismo de la institución. En efecto, una porción creciente de sus propios adherentes se distancian de la ortodoxia oficialmente vigente en la Iglesia a la que pertenecen, así como de las prácticas religiosas consideradas oficiales. Por otra parte, la moral oficial de las instituciones religiosas no sólo no es practicada por sus miembros, sino que tampoco es aceptada por ellos como criterio. Son mayoría cada vez mayor quienes aunque dicen creer, no creen pertenecer o dejarse reglamentar por dicha religión. Se está produciendo un proceso creciente de «desregulación institucional del creer», por el que «la imposición del sistema de normas éticas está siendo sustituido por una regulación individual de dicho sistema con elementos tomados de distintas tradiciones religiosas, dando así lugar a una 'religión a la carta'»⁴.

Se da además la presencia de dos fenómenos contrarios. Por una parte la increencia, fenómeno relativamente moderno pero creciente en la historia; se suele denominar como increencia poscristiana, queriendo expresar que el Dios rechazado es precisamente el Dios de los cristianos. Por otra parte, el fenómeno muy vivo del surgimiento de los llamados «nuevos movimientos religiosos», sumamente variados y florecientes. Se juntan pues la aparente languidez y hasta desaparición de la religiosidad, y la práctica de una «religiosidad salvaje» e incontenible.

Como se ve, la crisis es compleja, y esos datos contradictorios hacen posibles los diagnósticos más dispares: mientras para algunos la religión está desapareciendo y el ser humano está cayendo en el ateísmo y el nihilismo, para otros estamos en un «retorno de lo sagrado», en un momento de indudable efervescencia religiosa. En estas circunstancias tiene mucha importancia el lugar desde el que se

⁴ MARTÍN VELASCO, *ibid.*

observa la realidad. Las instituciones religiosas oficiales, no están, ciertamente, en la posición que proporciona la mejor perspectiva; tal vez por eso sus diagnósticos son sistemáticamente negativos y hasta agresivos.

Diagnóstico

Los estudiosos de la religión desde sus diversos aspectos (antropólogos, sociólogos, teólogos...) parecen ir acercándose en los últimos tiempos a un juicio más comúnmente aceptado, que podríamos reducir a los siguientes puntos:

- La crisis no es terminal para lo religioso; no se trata de una desaparición de la religiosidad, como precipitadamente vaticinaron algunos hace tiempo⁵; la religiosidad, de una forma u otra, va a permanecer.
- Se trata de una crisis muy fuerte para las religiones tradicionales históricas, que hace tiempo se encuentran desorientadas, han perdido en buena parte el contacto con la realidad, no aciertan a comunicarse adecuadamente con la conciencia moderna de sus adherentes, y están en situación de permanente quiebra y deterioro, sin que se pueda prever cuál va a ser el resultado de su crisis.
- Se registra una formidable emergencia de nuevas formas religiosas, que evidencian que la potencia espiritual de la humanidad sigue vigente y en buena forma, potencia que, ante la incapacidad de las formas tradicionales religiosas tal vez superadas, puja por expresarse con creatividad en respuesta todavía desreglamentada al hambre espiritual de esa humanidad que incluso puede decirse simultáneamente atea o increyente.
- En definitiva: las religiones están en crisis, pero la espiritualidad parece gozar de una gran vitalidad.

Distinción entre espiritualidad y religión

Ante esta situación se hace imperioso⁶ restablecer conceptualmente una clara distinción entre las religiones, y la espiritualidad. No son lo

⁵ «Durante las últimas décadas del siglo XIX y las primera del XX fueron incontables las previsiones de un final del cristianismo a fecha fija por parte de racionalistas, positivistas y marxistas. Y son ellos los que han perdido vigencia o han desaparecido de la historia, mientras el cristianismo, aunque lleno de problemas, sigue dando que esperar a muchos y que pensar a todos». MARTÍN VELASCO, *Ibid.* Cfr también D. BOSCH, *La trasformazione della missione*, Queriniana, Brescia 2000, pág. 657-658.

mismo. La espiritualidad es mucho más amplia que la religión. La espiritualidad no es, como se ha pensado tradicionalmente, un subproducto de la religión, una cualidad que la religión produciría en sus adeptos; por el contrario, es la religión la que es simplemente una forma de las muchas en las que se puede expresar esa realidad omniabarcante y máximamente profunda que es la espiritualidad, que se da en todo ser humano, antes y más abajo de su adhesión a una religión.

David Hay afirma que «dos de cada tres adultos tienen una espiritualidad personal, mientras que menos de uno de cada diez se preocupa de ir a la Iglesia regularmente»⁷. Lo que está en crisis en la actualidad no es lo espiritual sino simplemente algunas formas de lo religioso, concretamente las religiones institucionales tradicionales.

Más importante para la humanidad que la religión, es y ha sido siempre la espiritualidad, una dimensión que ha brotado en el creciente cúmulo de conocimientos y experiencias culturales, antropológicas y religiosas adquiridos por nuestra especie a lo largo de su larga y trabajada historia.

¿Fin de las religiones?

Hay algunos autores que están lanzando -sobre todo desde el campo de la antropología cultural y de la fenomenología de las religiones- una hipótesis arriesgada: las religiones (las de estos 4500 últimos años, las que hemos llamado «religiones universales») serían sólo una forma concreta que ha revestido en este período histórico la espiritualidad permanente del ser humano. Antes de esos 4500 años, no había «religiones», sino que el ser humano vivía un tipo de religiosidad o espiritualidad muy diferente. Durante todo el Paleolítico no ha habido religiones (lo que hoy conocemos con este nombre), sino sólo religión o espiritualidad. Las «religiones» han aparecido concretamente en el período posterior al comienzo de la revolución agraria, y ha sido

⁶ «Una de las más urgentes cuestiones de nuestro tiempo es el establecer la diferencia clara entre *religión* y *espiritualidad*». Ó MURCHÚ, Diarmuid, *Rehacer la vida religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2001, p. 48.

⁷ *Religion Lacking Spirit*, «The Tablet», 2 March 1996, pp. 292-293.

una forma religiosa esencial a las formaciones sociales agrarias, desde entonces.

Para Mariano Corbí⁸, la clave para entender la crisis actual de las religiones en el Primer Mundo no es la quiebra moral de la sociedad moderna, ni el materialismo de las sociedades del bienestar, ni la simple autonomía de las realidades terrestres (secularización). La clave está en que las religiones aparecieron en una época determinada de la historia, en una formación social concreta, la sociedad agraria, y en ella ejercieron funciones de control social, de programación colectiva, de cohesión, de refuerzo ideológico autoritario... hasta constituirse en piezas esenciales de ese tipo de sociedad agrario. La religiosidad o espiritualidad del ser humano se había expresado en el Paleolítico de una determinada manera, y en la época agraria se dio una transformación radical: la misma religiosidad o espiritualidad fundamental -la que acompaña al ser humano por su propia naturaleza- adoptó una forma enteramente nueva, en simbiosis profunda con el tipo de sociedad agraria: la religiosidad de creencias⁹.

Otra hipótesis, convergente, gira en torno al «tiempo axial»¹⁰ que se produjo en el primer milenio antes de Cristo. Es un período de unos 6 siglos en el que se formó la conciencia religiosa moderna. Ese tiempo puede considerarse «eje» porque en él se fraguó lo que la humanidad ha llegado después a ser. Todavía hoy la humanidad vive de las consecuencias de aquel privilegiado momento acelerado de humanización. La religiosidad preaxial -durante varias decenas de miles de años- era una religiosidad tribal, de clan, en la que el sujeto no tenía individuación religiosa ante la divinidad, sometiéndose simplemente al movimiento comunitario para aplacar a los dioses o conseguir protección ante los desastres naturales... En la religiosidad «postaxial» el ser

⁸ CORBÍ, M., *Religión sin religión*, PPC, Madrid 1996.

⁹ «Creencias» llama Corbí a los elementos míticos ideológicos en los que se expresa el núcleo de las religiones agrarias y a los que se exige sumisión absoluta, «fe» incondicional, y que sirven para transmitir no sólo una verdad religiosa, sino la promagración misma de sociedades que «viven de hacer lo mismo», que quieren asegurar ante todo su sobrevivencia y continuidad.

¹⁰ El concepto es de Karl Jaspers, en su *The Origin and Goal of History*, Yale University Press, New Haven, EEUU, 1953.

humano cobra su identidad individual total e intransferible: él es el que se define ante Dios, el que tiene que «salvarse» personalmente, sin disolverse en el clan o la tribu, ni siquiera en la comunidad.

Las dos hipótesis se complementan y nos desafían: ¿será que la actual crisis de la religión -de la que hemos hablado más arriba- se estará debiendo a que en el fondo de la transformación de la historia actual se estaría produciendo «un nuevo tiempo axial»? Es creciente el número de autores que se pronuncian a favor de esta posibilidad: estamos en un tiempo axial, en el que van a quedar superadas las religiones de la época agraria, y aparecerá tal vez una religiosidad «deuteroaxial», sin que hoy sepamos qué contenido corresponderá a ese nuevo tipo de religiosidad. Será el futuro quien nos irá descubriendo hacia qué tipo de espiritualidad nos estamos dirigiendo como colectivo humano hoy ya inevitablemente mundializado. Corbí lo dice gráficamente en los títulos de sus libros: será una «Religión sin religión», «Más allá de las formas religiosas» (actuales).

Más importante la espiritualidad que la religión

Volvamos a lo que decíamos al principio: la mayor parte de nosotros realizamos nuestra vida o nuestro trabajo pastoral en unas actividades enmarcadas en una religión, con su espiritualidad concreta, que con mucha frecuencia no es una espiritualidad simplemente cristiana, sino, más concretamente, de una familia espiritual de las muchas que se dan dentro de nuestra tradición religiosa. Estamos pues sobre una hoja de una ramita de una rama del tronco de árbol de nuestra concreta tradición religiosa. Ahí nos ha puesto la vida y ahí debemos trabajar. En un contexto como ése, la E es una E concreta, y nos movemos así en el marco de lo micro.

Lo que en este artículo quería subrayar es que, además del ámbito micro en el que nos tengamos que desenvolver por exigencias de la vida, conviene de vez en cuando alzar el periscopio y ver el movimiento más amplio de las aguas menos próximas -en el espacio o en el tiempo-. Por más que estemos lógicamente dentro de una religión y nos alimentemos de una E muy concreta, la problemática más amplia que hoy se divisa en la teología y en la antropología nos sugiere considerar

de vez en cuando la pequeñez de «nuestro pequeño mundo». Aquí también estaría en vigor aquello del «actúa localmente pero piensa globalmente»; trabaja en la E concreta de tu familia religiosa, pero no pierdas de vista las desafiantes visiones de conjunto que los mejores analistas e intérpretes de la historia y del futuro de la humanidad nos hacen:

- las religiones son de ayer,
- pertenecen a la época agraria, que está terminando,
- son sólo una forma concreta de la espiritualidad mucho más amplia de la que Dios dotó a la humanidad,
- muchos indicios sugieren que su plazo de vida se extingue en los países que han alcanzado la «sociedad postindustrial o del conocimiento».

Los/las más lúcidos y valientes -los profetas, los misioneros, los radicales...- deberían dedicar tiempo y coraje a avizorar el futuro y a prepararlo, en vez de quedar atrapados en la vivencia de un presente que tal vez tiene poco futuro¹¹...

Para pensar más despacio...

No entraremos ahora en los desafíos teológicos que aquí quedan implicados: si las religiones no son eternas sino de ayer, si ninguna de ellas es «la» religión sino «una» religión (como afirmaría una visión pluralista), si -además, según parece- podrían, en el plan de Dios, ceder próximamente el lugar a una «espiritualidad más allá de las formas religiosas», y si esto es ya lo que parece ya que está pasando en las sociedades humanas que están han llegado a superar prácticamente todo vestigio de sociedad agraria (proceso social al que se encaminan todas las sociedades a corto o mediano plazo), el estatuto ontológico y teológico que concedíamos a la religión ha de ser sometido a una profunda reconsideración, y la E fundamental, la de siempre, la consustancial al género humano, la que tenemos datada arqueológicamente con más de 70.000 años, mucho antes de la aparición de las religiones, la espiritualidad que tal vez vaya a llegar a ser la sucesora y heredera universal de las religiones... esa espiritualidad

¹¹ Poco futuro... «kairológicamente» hablando, aunque «cronológicamente» la actual situación pueda demorarse mucho.

fundamental, que ha acompañado al ser humano desde siempre y que lo va a seguir acompañando más allá del posible ocaso de las religiones, pasa a ser mucho más importante que éstas. Y su estatuto ontológico y teológico ha de ser reevaluado y revaluado.

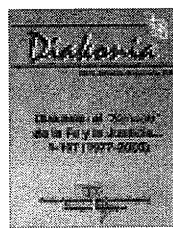
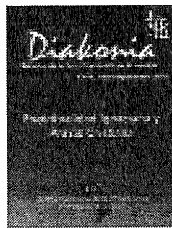
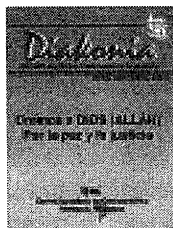
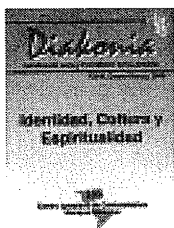
Así como la crisis de la cristiandad no era la crisis del cristianismo sino sólo la crisis de una de sus formas, igualmente, la crisis de las religiones es tal vez sólo crisis de las religiones, no de la espiritualidad. No se hunde el mundo; simplemente cambia. Puede ser una crisis de crecimiento... Hay lugar para la esperanza y el optimismo...

Optimismo y esperanza que no son ingenuos, sino que incluyen lúcidamente la posibilidad de la muerte. Un gran acto de esperanza es saber morir, morir con sentido, sin amargura, aceptando la inevitabilidad de la muerte, comprendiendo el secreto sentido fecundo de la muerte... Morir dando vida, morir ayudando a germinar nuevas iniciativas, morir dando a luz, en definitiva. *Ars moriendi*, arte de morir, nueva asignatura para muchos viejos practicantes de las religiones. Hay muchas cosas en las religiones, que están muriendo, que van a morir inevitablemente. Y es bueno que mueran, que cedan el puesto y el paso a nuevas iniciativas de vida. Es ley de vida, y de muerte. En la calidad de su muerte -su *ars moriendi*- van a revelar finalmente la calidad de lo que era su vida.

Como decimos, en esta coyuntura, ante esta hipótesis, y hablando concretamente de cristianismo, deberían ser muchos más los cristianos que, más allá de su vida concreta o de su trabajo pastoral en el marco concreto de su religión y de la espiritualidad de su tradición concreta, dedicaran energías, investigación, exploración, reflexión, práctica pastoral... a la preparación de ese mundo futuro, de esa «religión más allá de las formas religiosas»... O al menos a preparar la mente humana y la conciencia cristiana (y la de las demás religiones) para acoger este futuro tan novedoso que se nos viene encima...

Esto se está dando en Europa sobre todo, pero no es un problema realmente europeo; es un problema de las sociedades avanzadas, las sociedades que han superado la edad agraria por obra de una profunda penetración de la sociedad industrial y de la sociedad del conocimiento. No sabemos cuándo, pero será más pronto que tarde, el resto de la

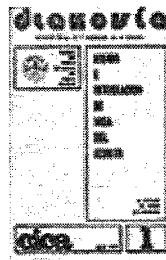
sociedad humana va a seguir un camino semejante, y la mutación de su formación social traerá el mismo fenómeno de superación de las formas religiosas que se formaron en simbiosis con la sociedad agraria. Lo que está pasando en Europa actualmente, en cierto modo es un nuevo «lugar teológico» para la reflexión universal. Después de varias décadas en las que América Latina ha sido «lugar teológico» para el mundo entero cristiano, Europa, por otros motivos, pasa también a ser «lugar teológico», quizá no sólo para el cristianismo universal, sino para todas las tradiciones religiosas...



Estimados amigos suscriptores: Con el agrado de prestar un mejor servicio.

Tenemos disponibles los siguientes números:

- 104 Testigos de la fe y promoción de la justicia
- 105 Identidad, cultura y espiritualidad
- 106 Oremos a Dios (ALLÁH) por la paz y la justicia
- 107 Espiritualidad Ignaciana y Praxis Cristiana
- 108 Diakonia: al servicio de la fe y la justicia
- 109 Migrantes: peregrinos en búsqueda de la tierra prometida
- 110 Y su Palabra se hizo mujer (Gen 1, 26-27)
- 111 El Rostro de la mujer en la Espiritualidad Ignaciana



Ya tenemos a su disposición: Diakonia Nº 1, en línea. Usted podrá acceder y consultar en el sitio web: <http://www.uca.edu.ni/diakonia> y muy pronto en CD-Room, además tenemos un servicio de fotocopias de sus artículos más interesantes.